

Dejar hablar a la historia

Entre la página en blanco y el escritor media una tradición. Entre la página impresa y el escritor ha habido un proceso de búsquedas y renunciadas, de reflexión, lecturas y aprendizajes. En pocas ocasiones podemos ser partícipes de ese entramado de experiencias, sentimientos y pensamientos que se desvanecen una vez que la obra ha llegado a las manos del lector. Xosé A. Neira Cruz reúne las cualidades de ser un escritor con voz propia, un lector con asentado criterio y un profesor de notables habilidades expositivas pero, sobre todo, desataca en sensibilidad, inteligencia y agudeza. En Cartas de navegación tenemos la oportunidad de contar con un excelente guía que nos conduce por las arduas y apasionantes rutas de la creación literaria y con la ilustradora Teresa Novoa que, en uno de sus registros menos conocidos y más personales, recoge en grafito las vicisitudes de este viaje.

Una de las preguntas que nos hacemos y que nos hacen con frecuencia a los que escribimos tiene que ver con el origen de las historias que contamos. Cómo llegamos a algunos temas y en qué momento decidimos que efectivamente esos temas van a convertirse en los ejes configuradores del libro que acabaremos escribiendo. Nos la hacen y nos la hacemos con tanta frecuencia que incluso yo mismo creo habérmela hecho antes en este mismo lugar, quizás para tener que volver ahora a ella e intentar encontrar la respuesta. La misma pregunta podría dirigirse, de otro modo, a las propias historias. “¿Cuándo y cómo decidís que seréis contadas por este o aquel escritor?” Las historias, de ser interrogadas, nos responderían contándonos otras historias, pues suelen ser parcas a la hora de hablar de sí mismas. Los escritores, en cambio, nos aficionamos —a veces más de la cuenta— a hablar sobre nosotros mismos o nuestro proceso creativo. Muchas veces la biografía del proceso creativo se forja meses después de que dicho proceso haya finalizado. E incluso puede resultar que nada tenga que ver ese camino pedregoso, enfangado e incluso literariamente poco aparente con el que, con un truco final de mago, nos gusta exhibir sacando una justificación aparente fuera de la chistera. Sería absurdo condenar a los



© Cortesía de Teresa Novoa

escritores por su tendencia a fabular. Forma parte de su oficio inventar una historia para justificarlo o presentarlo todo. Incluso aquello que no tiene historia.

Pero a pesar de la arbitrariedad de intentar justificar lo injustificable, hay piedras fundacionales que determinan, más de lo que creemos, los cimientos de toda nuestra forma de construir edificios con palabras.

Puedo confesar que mis libros están tejidos, a partes iguales, por hilos que nacen de madejas que reconozco casi siempre. La tradición oral de los que me precedieron –y me enseñaron a escuchar historias, a leerlas en el aire– es el punto de arranque de una de esas madejas. Las otras tienen que ver con el sueño y la fantasía –a veces lo más real que nos habita– y con lo cotidiano. La vida de cada día está sembrada de historias que merecen ser contadas, que desean ser contadas. Y el deseo, como ya señalaba Apollinaire, es la gran fuerza primera de absolutamente todo o, como puntualizaba su compañero Rimbaud, “de cambiar la vida”. La mirada del escritor, su capacidad para ver esas historias que suelen pasar desapercibidas para todos los demás, es lo que diferencia a la humanidad en dos grupos: el de los que quieren oír o leer historias y el de los que, además, también disfrutan contándolas. Rescatar un tema, encontrarse de pronto con él en el lugar más inesperado, suele ser, para el escritor, la primera bocanada del placer literario.

Para explicarme mejor voy a recurrir a la genealogía de algunos de mis textos.

Un cuento mío que habla o pretende hablar de la memoria de los árboles nació escuchando reiteradamente diez piezas para piano compuestas en el siglo XIX por el compositor gallego Marcial del Adalid. A lo largo de una Navidad me empapé de esa música porque era esa música la que debía coserse a las entrañas del cuento. El punto de partida había sido fijado por una editorial. El reto, inusual y atractivo, puso en marcha el motor de la creación. Calado hasta los huesos de esa decena de variaciones musicales, la historia estaba a punto de surgir, pero aún se resistía. En un paseo matinal, de camino a mi trabajo, la encontré de pronto. Estaba agazapada entre los troncos de la calle de San Caetano, a pocos metros de mi casa, pero fue necesario que escuchase a un niño que caminaba delante

de mí, al lado de su madre, para que comprendiera que era aquello lo que tenía que contar. “Mamá, ¿qué piensan los árboles?” Sólo la mente abierta de un pequeño es capaz de formular una pregunta tan impresionante. Su madre, desde las prisas de un adulto que probablemente llegaba tarde a la oficina y antes todavía tenía que dejar a su hijo en el colegio, se limitó a responder escuetamente: “Los árboles no piensan”. Aquella respuesta no nos gustó, ni al niño ni a mí. Estoy seguro de que la réplica del chaval fue tan inmediata como su magnífica pregunta. Mi respuesta, en cambio, empezó a surgir dos días después y acabó convirtiéndose en las páginas de un cuento que, en el fondo, trata sobre la debilidad de la memoria humana. Esa debilidad que nos impide, de adultos, recordar el momento en el que, por ejemplo, nos preguntamos qué pueden pensar los árboles. Tiemblo imaginando al niño que me precedía convertido en padre, dentro de unos años, respondiendo, de manera parecida, a como lo hizo su madre, a un hijo suyo que le haga una pregunta semejante. Algo importante de nuestras capacidades más genuinas se pierde a medida que sucumbimos a los años y dejamos de intentar entender la enormidad del mundo.

De una conversación oída en un autobús; de un comentario escuchado en la radio; del deseo de una niña moribunda en un hospital gallego, la cual ansiaba, como Rosalía de Castro en las vísperas de la muerte, ver el mar, están hechas parte de mis historias. De una confidencia al calor de un café; de las respuestas a una conversación telefónica que me tuve que imaginar; de una lectura realizada a cuatro manos con una mujer a la que amé, recibieron el primer aliento otras tantas.

En realidad, ahora que lo pienso, no he hecho más que limitarme a leer, en el libro de aire que escriben los que pasan a mi alrededor, historias que me han seducido y que, en su momento, consideré necesario poner por escrito. Quizás porque mi biografía de lector nació, como he dicho tantas veces, en el seno de una familia de no lectores que, a pesar de esa privación básica, impuesta por las circunstancias, sí amaban contar historias.

Después de ese primer impacto, que el escritor recoge como quien encuentra una

pepita de oro en la escudilla arrancada del fondo del río, llega todo lo demás. El motivo inicial irá creciendo hasta el punto de acabar rompiendo la maceta en la cual el escritor creía haberlo plantado acertadamente. La historia se desparramará fuera, brotará por espacios inesperados e incluso dejará de ser coto del escritor para convertirse simplemente en monte abierto, con un escritor perdido en ese monte intentando, a veces de forma absurda, delimitar cotos. Ya he hablado en el artículo anterior de ese peligro de perderse en la selva de palabras e ideas que puede cegar hasta la saturación, y en dicho proceso, además de perderse el escritor, puede acabar perdiéndose también el hilo de la madeja inicial. Aquel que recogimos un día al azar y que nos hizo entender que el cabo de una buena historia había llegado por casualidad a nuestras manos. En ese momento comprometido en el que intentamos arreglar el caos –nosotros, que hemos nacido para ser caóticos perdidos–, quizás sería bueno dejar hablar a la historia y pre-

guntarle, como hacíamos al principio, por qué nos ha elegido –a nosotros y a ningún otro– para que la contemos. Y es probable que, en ese momento, la historia, que no suele andarse por las ramas, como hacemos los que las queremos escribir, deje de lado la respuesta a una pregunta tan egocéntrica, para recordarnos, en su lugar, una historia. Esa historia que nos coloque, de nuevo, en el punto de partida, cuando nosotros, con voz de niño, nos preguntamos qué pueden estar pensando los árboles del parque por el que diariamente pasamos. ☒

Xosé A. Neira Cruz

Escritor y profesor de la Universidad de Santiago de Compostela. Entre los años 2000 y 2004 formó parte del comité ejecutivo de IBBY. De 2002 a 2004 fue presidente del jurado internacional del premio IBBY Asahi Reading Promotion. Es director del área infantil y juvenil de Editorial Galaxia y director de la revista de LIJ *Fadamorgana*. Ha sido nombrado comisario del 32º Congreso Internacional de IBBY, que tendrá lugar en Santiago de Compostela en 2010.



Soluciones integrales en informática documental y servicios de información

Empresa especializada en análisis, gestión y tratamiento de la información ofrece:

- ✓ Programas de gestión para recursos de información y documentación
- ✓ Asistencias en catalogación, digitalización y organización de archivos, bibliotecas y centros de documentación
- ✓ Organización de cursos en tecnologías de la información y la documentación
- ✓ Desarrollo de aplicaciones a medida de gestión documental en tecnología .NET
- ✓ Servicios de alojamiento y gestión de dominios

Preparada para adquirir el compromiso que nuestros clientes requieren

Pedro Teixeira 9 · 28020 Madrid · Tfno.: +34 91 598 35 84
Sanjurjo Badía, 130 .

sibadoc@sibadoc.com
www.sibadoc.com